

Primer Concurso de Literatura

# Historias **DE AGUA**







COMISIÓN NACIONAL DEL AGUA

Mtro. Roberto Ramírez de la Parra  
*Director General*

Lic. José Luis Alcudia Goya  
*Comunicación Social y  
Cultura del Agua*

Rafael Rochín Valdenebro  
*Director General del Organismo  
de Cuenca Noroeste*

Lic. Jaime Almada Guirado  
*Comunicación y Cultura del Agua  
del Organismo de Cuenca Noroeste.*

COMISIÓN ESTATAL DEL AGUA

Ing. Sergio Ávila Ceceña  
*Vocal Ejecutivo*

Lic. Jesús Salvador Sánchez Melendrez  
*Director General de Desarrollo  
y Fortalecimiento Institucional*

Lic. Maritza Janneth Carlos Ferrales  
*Jefa del Departamento de Cultura  
del Agua*

GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

Lic. Claudia Pavlovich Arellano  
*Gobernadora Constitucional*

Lic. Mario Welfo Álvarez Beltrán  
*Director General  
Instituto Sonorense de Cultura*

Mtro. Josué Barrera Sarabia  
*Coordinador Editorial y de Literatura  
Instituto Sonorense de Cultura*

*Historias de agua*

ISBN: 978-607-9499-28-0

Primera edición, 2017

Edición: Gabriela Soto

Diseño editorial y de portada: Aarón Alejandro Lima

D.R. © Instituto Sonorense de Cultura

literatura@isc.gob.mx

Impreso en México

# Historias de agua



## Presentación

En la actualidad, el uso y aprovechamiento del agua es una de las máximas preocupaciones a nivel global. Las instituciones de educación media superior son espacios ideales para la formación de ciudadanas y ciudadanos participativos que gestionen el desarrollo sostenible del agua, cuiden el recurso y garanticen su abasto a futuro.

En ese sentido y con el objetivo de fomentar la lectura, escritura y difundir la concientización del cuidado del agua, así mismo para conmemorar el Día Interamericano del Agua, la Comisión Nacional del Agua y el Gobierno del Estado de Sonora, a través de la Comisión Estatal del Agua y el Instituto Sonorense de Cultura, lanzaron la convocatoria para el Primer Concurso de Literatura “Historias de agua”, en los géneros cuento y poesía. Como resultado final fue la participación de más de 150 trabajos de todo el estado, de donde se eligieron diez textos para esta antología, siendo los tres primeros los que corresponden a los ganadores de la primera edición de este concurso.

Que la lectura no sea solo un hábito de estudio, sino de disfrute, donde se adquieran grandes aprendizajes por medio de las letras y libros. Estimulemos la creatividad y la imaginación con temas tan importantes como el cuidado del agua, líquido de gran valor para el desarrollo de la vida y el planeta.

**Hermosillo, Sonora  
Diciembre de 2017**





## Agua cristalina

Wendy Cassandra Corral Canizalez

16 años, Hermosillo, Sonora

Miré mi sombra  
un día,  
miré mi cuerpo en ti,  
agua cristalina  
y ahora en la sequía del África,  
en la contaminación de tu figura,  
y del alma,  
del desierto  
y la brisa,  
sollozo mi sequedad oscura en la neblina.

Agua-elixir  
del  
tiempo,  
compañera de la vida,  
¿Qué soledad más pura te escoltará si no  
nos componemos?

Perdón a tus arroyos,  
a tus ríos,  
a tu mar que agoniza en las mentes  
ingenuas de los niños  
y en el alma del viento  
que muere en cada calle, en cada casa,  
en cada esquina.

Perdón:  
no más          nunca          nunca más          agua  
cristalina.

## La tecnología política de los caracoles

Cristian Cota

16 años, Hermosillo, Sonora

Con mi uniforme nuevecito y mis auriculares en los oídos, amagué mirarme la muñeca para ver la hora, hace quince años que no uso reloj, aun así, mi instinto me decía que estaba pronto a llegar. Y que era tarde.

Cerca de Guaymas hay un pueblo llamado Chillar, y para pronunciarlo correctamente hay que estar un poco enojado. Incluso está tan bien guardado que para abrirse camino hay que ponerse un caracol de San Carlos en la oreja y esperar 15 segundos, entonces él te dice: “Hola, ¿requiere algo, señor?” Y la única respuesta acertada es “Lo mejor de Chillar es que calla a todos”. Después, aguzando el oído a los sonidos del caracol, éste sonando como los gatos ronroneando, te pide que te coloques en la arena. Una vez sentado de cuclillas sostienes la respiración hasta el límite. Entonces te dejas caer de espaldas y empezarás a deslizarte hacia dentro de la arena, te hundirás tanto que las notas de los pájaros, el rumor de las olas y los chillidos de las gaviotas se harán más tenues, decaerá la luz y la oscuridad crecerá, hasta que la arena se abrirá de nuevo ligeramente y las puntas de los nuevos rayos de luz se asomarán para que recibas el aire exterior. Disminuirás tu estancia en Guaymas para adentrarte de lleno al pueblo.

El que piense que es extraño que alguien vaya a un pueblo gracias a un molusco hay que explicarle todo

otra vez, desde el principio, con un ábaco.

Apurado y agitado, llegué a la playa y me acerqué hacia un caracol, pero este hizo el que hablaba por teléfono. Recordé La Crisis y el no haber pagado la tarifa de viaje, intenté en vano explicarle al baboso.

— ¡Daniel, no me importa si no me das el billete a pagar, pues ni te acerques a nosotros!

— ¿Te puedo dar algo con un peso?

— Sí, una moneda, imbécil.

— Pero...

— Nada de peros, generalmente lo que viene después del “pero” es una tontada.

Dejé al caracolito. Ellos eran muy astutos en cuanto a seguridad de Chillar se refiere, y caminé por la playa, había olvidado que me puse al revés la camisa y me sentí sin cuello en un cuento de Cortázar. El sol tenía un hermoso brillo, el aire era muy transparente y mis mejillas ardían más de lo habitual.

— ¡Daniel, regresa!

Volví.

— Puedes ir a Chillar, Roxana pagó tu viaje, otra vez ¿Has pensado en rendirle culto? Es tu santa.

— ¡Gracias! ¡No sabes cuánto se lo agradezco, ella es un alma de Dios, la bondad andando!

— Cállate por favor y anda, vámonos.

— ¡Claro, vive y disfruta amigo!

Llegando a Chillar, lo primero que hice fue lo más importante. Me dirigí al club para hablar con ella, era tarde y sabía que hice mal, pero pasé por una casa de la que salía olor a sopa y me abordaron ganas de tomar sopa en plato de madera preparada por un mago en una cabaña, cualquier platillo que requiera gran

porción de agua vale lo mismo que el propio conocimiento. A cuarenta metros de mi casa hay un club que siempre está cerrado, por eso Roxana me dio un ave, porque como es bien sabido, el pico de las aves abren todos los cerrojos. Dentro del club hay una única mesa, es en la que esperaré a Roxana, “no hay pierde” —me dijo.

Abrí la puerta del club provocando un leve chillido y la encontré sentada en la única mesa de frente hacia mí, como siempre, bien parecida y de modesta indumentaria, pero tenía ese aspecto propio de las personas que han reflexionado más que otros y que han brincado un poco, bien poco, las barreras del pensamiento medio. Me armé de valor y fui a sentarme en frente de ella.

—Te pido perdón por el retraso, Roxana.

—No te preocupes, estoy demasiado turbada por las estadísticas del año pasado, ¿sabías que cada persona desperdiciaba 150 litros de agua bañándose? Es inimaginable toda el agua gastada ese año. Necesitamos actuar rápido, Daniel, la falta de agua afecta a todo Chillar de maneras muy diversas, ¿recuerdas las Cascadas de Agua Caracol? están disminuyendo, pero a partir del día de Reyes, el nivel del agua ha descendido metro y medio, y si continúa igual, no habrá nada dentro de tres semanas. El pueblo se seca, Daniel, todo gracias a esa estúpida compañía lechera.

—¿Y si agitamos a los pueblerinos orientándolos para una gran revolución y poder derrocar el régimen lechero?

—Daniel, por favor escúchate. Nadie piensa en nada en este pueblo. Cada uno se ocupa de sus asun-

tos, de sus problemas, de su vida. Nosotros no tenemos ni siquiera la habilidad de sentir nuestra imperfección, estamos hechos para saber el precio del frijol y del maizoro, y, como muchos, para hablar sobre el partido de anoche.

Roxana tenía la habilidad de no decir nada nuevo, sino de confirmar y poner en la mesa la realidad.

—Necesitamos despojar al jefe de este pueblo para acabar con la sequía y la explotación, La Nata tiene que irse, está acabando con toda el agua, y un dato más: ¡las heces de las vaquitas están empezando a contaminar! Roxana puede parecer muy seria pero es igual de idealista que yo.

—Si viviésemos en otro siglo y con otras costumbres, lo aconsejable sería simplemente envenenarlo. Pero lo harías mal y te atraparían.

Tenía razón, el cerebro no era lo mío, no es mi fuerte el manejar documentos... Más me hubiera valido dedicarme al comercio o... quizá meterme de cura... De veras que sí. Ni un solo papel sale bien de mis manos, ¡Es inútil! Y a mí me da lástima. Porque creo que soy buena persona...

—Dices la verdad, aparte no sé cómo se hace eso, no tengo idea.

Es tan lindo decir “no sé, no tengo ni idea”. Hay un antes y un después en la vida desde que uno empieza a responder socráticamente que no sabe algo. Liberación.

—Ya lo tenía previsto, en nuestra posición solo existe en realidad, para romper con La Crisis, un buen método: sorprender a El Jefe mañana en la fiesta que tendrá con los nuevos inversionistas, cortarle el pelo y soltarlo por ahí. De esa manera los capitalistas no lo ve-

rán como un hombre de negocios con un horrible corte de pelo, y cortarán todo lazo con él, dejando a La Nata en la ruina, provocando que se vayan de este tranquilo pueblo.

A veces pensaba que Roxana no lo hacía a propósito.

—A veces pienso en una civilización que, más que pan y circo, distribuyese temas de pensamiento. De esta manera, no estaríamos en estas condiciones. Lo que quiero decir es que te apoyaré en lo que pueda, ahora necesitamos organizarnos. Después, naturalmente, Roxana y yo nos organizamos.

De regreso a mi casa me agarró la lluvia, pero fue mutuo, volteé hacia arriba topándome con la Vía Láctea, ese río de estrellas, y pensé que ésta no es nada más que una mancha dentro de la extensión que es el infinito. El cielo está más confundido que nosotros...

Pasé por un negocio en el que un vampiro muerde a tu hijo a los 4 años para que nunca sea adolescente, el cuello del vampiro es hasta tal punto largo y delgado, que se ven no sólo las venas, sino hasta las arterias. Y en eso llegué a mi humilde morada. Abrí la puerta con otro chillido, esta vez más fuerte. El nivel del chillido de tu puerta determina tu posición socioeconómica. Mi gato me esperaba acostado.

— ¡Hola, soy el viento!

— Pasa.

Pasé y me acosté en mi cama, estaba cansado, hoy había una linda noche como para montar una bici y convertirte en E.T.

— Con este ambiente, Otto, es bueno, este... amar —dijo Daniel — Enamorarse y pasarse por la plaza a oscuras.

—Sí...

—Otto, recuerdas que la primera vez que invité a salir a Roxana me dijo que no, y yo le dije: “Está bien, no te preocupes”... ¿POR QUÉ IBA A PREOCUPARSE? Creo que soy igual que mi madre porque ella, cuando iba a parir, ya en la camilla rumbo a la sala de partos, había familiares y amigos en el pasillo y ella les dijo a todos “suerte”.

Mi gato Otto me dice, mientras se pone cómodo en su silla:

—No debes ser tan individualista.

—¡Tú lo eres! Deberías de ver cómo se la pasan las vaquitas, maldigo al dios que le entregó la resistencia a las cucarachas y no a las vaquitas.

Pensaba que mañana en la noche no podré dormir de la emoción, así que para dormir voy a recurrir a un método natural: golpearme la cabeza contra la pared hasta que me desmaye. Hoy fue otro día para guardarlo en un frasquito.

Dormido de tantos golpes, con nuestro pueblo. La necesidad de que La Nata controlara Chillar provocó que Roxana y yo nos encontremos ante una dictadura militar comandada por una industria lechera. Aunque La Nata supo mantener la paz, no pudo con la estabilidad, gastando más de 150 litros de agua para producir un litro de leche, la industria lechera acababa con nuestros ríos, pozos y lagunas sin piedad. Sin olvidar, claro, los malos tratos que les daban a las vaquitas, asemejándolas a sacos de carne con relleno lechoso. Pero al gobierno no le interesaba en lo más mínimo la situación, mientras paguemos impuestos y no haya huelgas, todo estará bien. Tanto era así,

que el gobierno sacó de circulación todas las monedas de 5, 10 y 25 centavos, las fundió e hizo una escultura gigante de un sorete, ubicada en una de las plazas de Chillar.

Lo noche del siguiente día había llegado, se bailaba en el gran salón.

No hablamos, nos tomamos las manos, apretándolas con todas nuestras fuerzas. Ella permanecía con la mirada perdida, un poco desorientada por ese gran cambio que quería, pero sonriendo emocionada, creyendo que el mundo cambiado por lo que sucedería, preocupada sin saber por qué. Yo la miraba obstinadamente, sonriendo con una sonrisa fija. Quería hablar, no encontraba nada que decir y me quedé ahí, poniendo todo mi ardor al apretarle las manos.

Una puerta se abrió y al fin apareció. El Jefe era de elevada estatura, elegante y todo un gran señor. Pero carecía de inteligencia. Hablaba de un modo terminante, daba opiniones cortantes como cuchillos. Se le notaba una mente llena de ideas preconcebidas, infundidas en él por sus padres que a su vez las habían recibido de sus antepasados.

Lo que pasó después apenas y recuerdo. Un terrible accidente vino a sembrar la consternación entre nuestro pueblito, que ha sufrido tanto en los últimos años por la sequía.

Roxana corrió agachada hacia El Jefe, cuando lo tuvo delante, pudo escuchar como hablaba con una voz lúgubre con un empleado.

—No me creo el cuento que “los de La Nata se robaron todo el agua”. Todo engloba tanto el agua y el dinero como montañas, tribus seris, copias de la Odi-



sea y todos los astrolabios. Los comentarios más brutales sobre Chillar vienen de personas tontas. Tontas y pobres, no les deseo la muerte porque la tienen ahí cerquita.

El Jefe creía en el horóscopo pero no en los pueblerinos, víctimas de la sequía.

Roxana, aprovechando la situación, se paró detrás de él y levantó las tijeras, durante un minuto y las miró con aire abstraída y a continuación alcanzó a raparle de lleno un lado de su cabeza. Le temblaban las manos. Con la mitad de la cabeza pelada al rape, El Jefe parecía un presidiario.

Con una gran cólera, se volteó y le arrebató las tijeras a Roxana, y le asestó un golpe con las tijeras, éstas se les hundieron hasta el fondo en el costado. Todos oyeron su grito de dolor. Él no oyó los gritos de los invitados, espantados del crimen. Le resultaba molesto irse del lugar con esa pinta, pero no había nada que hacer. Preocupado por si lo vieron los capitalistas, se envuelve la cabeza y el cuello con el chal y sale. Muy tarde. Los capitalistas, con su gran cinismo característico, se fijaron más en el horrible corte de cabello en vez de la pobre tirada en el suelo, decidieron cortar toda relación con La Nata. Todo esto pasó mientras que alguien tomaba fotos a la escena.

Ella sangraba, sangraba, herida de muerte. Toda su vida se desvanecía, la invencible hemorragia continuaba y precipitaba su última hora de vida. Me vio y quiso levantar los brazos, no pudo, de tan débil que estaba, pero en sus mejillas las lágrimas empezaron a caer. Yo corrí y me desplomé de rodillas cerca de ella y tomé una mano y la besé frenéticamente, luego poco a poco me

acerqué, muy cerca de su rostro. Uno de los meseros, de pie con un candelabro en la mano, nos iluminaba, y el médico, que recién había llegado, se dio cuenta del destino de Roxana, se quedó observándonos desde el fondo de la sala.

Entonces con una voz lejana, ella dijo:

— Daniel, me voy a morir. Prométeme que te quedarás hasta el final. ¡Oh! Prométeme que al fin algo va a cambiar.

En eso, Roxana deja de respirar.

— Lo prometo, ¡lo prometo! Te amo Roxana, te amo, y siempre que encuentre una calle con tu nombre, lo recorreré descalzo.

Después del funeral, fui a visitar a una periodista llamada Airam. La encontré en su casa sentada en un sofá, limpiándose las uñas y tomando té.

— ¿Sabes? Falleció Roxana, David Bowie y Juan Gabriel. Mientras tanto El Jefe sigue vivo. Qué vida tan del asco.

— ¿Para qué me necesitas? Quería ignorarte pero vi que me mandaste unas fotos por caracol de aquella noche.

— Te quería avisar que estuve observando toda la tragedia, la mañana siguiente mandé las fotos a la prensa para dar conciencia y demandar esa industria lechera. Lo hago únicamente porque no podía regar mis matas sin el agua que La Nata robaba, quería correrlos yo también.

— ¿Y bien? ¿Qué sucedió?

— Al final de todo, la prensa respondió a mi llamada para colaborar en la demanda a La Nata. Los periódicos le recordaron la gran importancia del agua,

su utilidad, su vitalidad al pueblo. Mientras que como lo previsto, los capitalistas sí vieron a El Jefe como alguien inmaduro y huyeron del pueblo, dejando a La Nata sin inversionistas y con una gran demanda, lo demás, como cualquier novela juvenil, es muy predecible...

Las palabras que escapaban de Airam sonaban a alguien recitando correctamente poemas de Neruda.

— ¡Al fin se cumplirá el deseo de ella, la gente empezará a regar matas con una cubeta!

— Imaginar que mientras todo esto pasaba, en algún lugar un tipo tiene la mano de Jaime Lannister en un frasco y cada tanto la mira...

Al fin, Chillar descansaba de tanto dolor, y Roxana, en su tumba, parecía descansar también.

## Tan longevo como la existencia del mar

Juan David Gracia García  
15 años, Hermosillo, Sonora

El nombre que poseo, por gracia y obra de mi madre, es Andrés, debido a que mi abuela materna se llamaba Andrea, tengo 28 años, trabajo en una farmacia de 7:00 a.m. a 7:00 p.m., siento que lo que les cuento es aburrido pero así es mi manera de ver la vida, sin muchos cambios, sin muchas vueltas y sin muchos sentimientos, solo nostalgia acompañada por un eterno arrepentimiento.

Mi despertar de hoy fue igual que el de los días anteriores y probablemente como los días futuros: opacos, silenciosos, solitarios y tristes.

La posición en la que estoy viviendo hoy en día, seguramente sea, por la manera tan peculiar que tengo de pensar y ver las cosas, eso sí, si tuviese la oportunidad de cambiar algo de mí, me dejaría tal y como soy.

Yo no soy una persona triste, mi situación lo es. Lo digo porque suelo tener muchos momentos que me hacen sentir completo durante el transcurso del día, como ver el cielo despejado y oscuro por las mañanas, las luces de la ciudad desvaneciéndose en la madrugada y naciendo por la noche, las nubes rosas, naranjas y azuladas con el poder de arrebatare la mirada y explotar mis pensamientos, las montañas desapareciendo poco a poco en el horizonte y, por último, el mar en calma que me dice, serena y calmadamente, todo estará bien.

Siempre he pensado que el ser humano desde el inicio de los tiempos, ha creado dioses y entidades superiores a ellos mismos con su omnipotencia y omnipresencia, solo porque tienen miedo de ser olvidados y a desaparecer de la faz de la tierra, tienen miedo a imaginar que no hay algo después de morir, tienen miedo a aceptar que realmente no son nada y que no importan, tienen miedo a pensar que esto es todo lo que la vida tiene para ellos y son hipócritas al siempre querer más.

También, creo que la vida es muy injusta y que no hay nadie que pueda cambiar eso: gente muriendo en hospitales, guerras sin sentido cobrándose la vida de millones, niños falleciendo en África justo después de la noche en la que habían rezado a su Dios inexistente, personas suicidándose por el capricho y odio de otras, razas, sexualidades, aspectos, tamaños, formas y capacidades, todas tan complicadas y están siendo juzgadas por el peor juez que existe, el humano.

La mayoría de las personas suelen hacer mucho ruido durante el día y a sobre valorar el matrimonio o el noviazgo, porque les aterra la soledad y el pensar o hablar consigo mismo, viéndolo como un comportamiento de alguien mentalmente dañado.

La gente solo destruye todo lo que está a su paso, porque son egoístas, quieren acabar con lo que está a su alrededor, porque saben que cuando mueran todo lo que hicieron en vida no habrá importado y que no les afectará en lo absoluto.

Reitero que muchos humanos tienen miedo a ser olvidados. Siento pena de mí mismo al decir que no

soy la excepción, desearía vivir tanto como la existencia del mar, porque quisiera ser alguien que merezca ser recordado por todos aquellos a los que quiso, pero hay tantas personas, tanto mundo y tan poco tiempo, que para cuando te das cuenta eres una sombra que solo tiene ganas de desaparecer pronto, pero la justicia está en que todos estamos destinados a pasar y a ser lo mismo como ganado.

De los momentos que mencioné que me completan, mi favorito es ver el mar en calma, con su característico color verdoso de cerca y desde las lejanías azul claro, no sé qué haría si no pudiera ver ese hermoso color otra vez, reflejando los nacimientos y despedidas de todos mis mañanas. No puedo negar, que sí hay cosas en este mundo que merecen ser cuidadas y protegidas, para conservar el alma de un hogar y una de ellas es EL MAR.

## La niña del río

Angélica Guadalupe López Cerecer

13 años, Hermosillo, Sonora

Caminar. Caminar. ¿Debería ser fácil no? No tiene ciencia, es solo un pie delante del otro, y el cuerpo se mueve, ahora me pregunto, ¿por qué parece tan difícil ahora?, siento los pies de plomo y me cuesta llegar a donde debería, pero, ¿por qué?. Tal vez solo sea que mi mente que sabe que lo que voy a hacer no está bien, una parte de ella dice ¡No! ¡Detente!, pero otra dice ¡Vamos! ¡¿Qué esperas?! Sabía cuándo acepté esta mañana, que no estaba bien. Tengo que detenerme, pero si lo hago...mi familia no comerá, estoy escaso de dinero y esta es la única forma de conseguirlo. No hay marcha atrás. Me acerco al carro donde una vez puesta la manguera, no podré hacer nada. Toma la manguera verde y tíralo al río, esas fueron las órdenes de mi jefe. Debería apurarme, si alguien me ve, es el fin. De pronto escucho una rama crujir, me paro en seco y no me muevo. Un fino hilo de sudor baja por mi espalda, tal vez solo sea un animal, pero es demasiado ridículo, cualquier animal ya se habría ido, pero este no, este camina hasta el río. Me doy la vuelta despacio, esperando que no sea una persona, pero eso no es posible, por aquí esta vacío y solo hay unas casas a medio kilómetro adelante, pero son demasiado pequeñas como para que tengan buena señal para llamar a la policía. Me doy la vuelta completamente hasta quedar de cara junto al ruido, es una persona, bueno, en realidad una niña, no podría tener más de

6 o 7 años, es de la edad de mi hija, pienso instintivamente. Esta demasiado delgada, tiene ropa sucia y vieja, su tez es morena, su cabello, color negro, está lleno de lodo y hojas, sus manos están llenas de tierra y suciedad, lo único que no parece coincidir con su aspecto, son sus ojos, que son azules, azules como el agua clara y pura que tengo enseguida mío, consigo lleva una pequeña muñeca envuelta en un trapo, no, no es una muñeca, es un bebe, no alcanzo a distinguir la edad o si es hombre o mujer, pero por el color de las mantas, parece que es mujer. Quiero hablarle, preguntarle si está bien, pero no puedo. Tengo la garganta seca, ella tiene mucho parecido con mi hija. Se acerca a la orilla del río y recoge agua en una pequeña botella que encuentra, la llena y por un momento, se fija en mí. Quiero decir hola, pero no puedo, de solo imaginarme que mi hija pudiera estar así, se me van las palabras.

—Hola —dice al fin.

—Hola —digo, con la voz un poco baja.

—¿Por qué estás aquí?

—Yo...Venía a hacer un trabajo.

—¿De qué se trata?

No sé qué decirle, cómo le digo a una niña así, que vengo a tirar residuos tóxicos en el río donde ella toma agua. Parece notar que no sé qué decir.

—Se por qué estás aquí. Te estuve observando desde los árboles. Por eso no salía, tenía miedo de que soltaras los líquidos en el río, pero sé que no lo vas a hacer, no puedes. Sabes que está mal.

—¿Cómo sabes que es lo que voy a hacer? —dije sorprendido.



—Antes tomaba agua en otro río —hace una pausa y señala a la bebé

—Alicia y yo siempre tenemos sed. —Parece que va a hablar, pero no lo hace, así que la motivo a seguir.

—¿Y qué paso con el otro río?

—Lo mismo que tú quieres hacer, lo envenenaron.

—¿Por eso sabes porque estoy aquí?

—Sí, conozco esos camiones, ellos mataron a mi madre.

—¿Cómo? —Pregunté aterrado, ¿cómo es que esta pequeña niña podía vivir sola en un lugar como este?

—Ella tomó de esa agua, se enfermó y a los días murió. Nos dejó solas, por culpa de esos hombres como tú, que contaminan ríos y destruyen familias. Deberías de saber que la gente que vive por aquí usa esa agua, lo que vas a hacer está mal y lo sabes.

—¿Cómo sabes que sé que está mal?

—Te conozco.

—Cómo... —No me dejó terminar la frase.

—Eso no importa, lo que importa aquí es que vas a decidir, si contaminar el río, matando a las personas y animales que lo usan porque no tienen nada más, o hacerlo por un par de billetes.

Lo último que dijo me dejó reflexionando. Si lo hacía, mataba personas inocentes que no tenían la culpa de mi situación económica, pero si no lo hacía, tal vez no podría pagar la escuela de mis hijos ni sus clases adicionales, ni llegar con pan para darles.

—No puedo creer que lo pienses tanto —dijo, como desilusionada de mí.

—No puedo creer que te importe más lo material

que la vida de muchas personas, ¿de verdad quieres dejar a más niños como yo, solos y desprotegidos?

— Mi familia necesita el dinero.

— No solo son estas personas. Si lo haces una vez, lo volverás a hacer, a la larga, el río llegará hasta la presa, con el agua contaminada, tus hijos podrían tomarla, tu esposa podría tomarla, tu familia podría tomarla. Y no solo es eso, este es el mundo que le heredas a tus hijos, ¿de verdad quieres darles un mundo contaminado y sin vida?, los estas matando, nos estas matando a todos. Si esto es lo que quieres para ellos, está bien, pero recuerda, no son solo ellos, son miles y miles de otros niños que heredan este planeta, tú lo estás haciendo morir.

— Yo no soy el único en el mundo que tira desechos en ríos, todas las grandes empresas lo hacen.

— El cambio empieza por pequeñas acciones.

— Que yo no lo haga no cambia nada, mi empresa le dirá a otro trabajador que lo haga.

— Pues demándalos, existen servicios para eso.

— Si lo hago, pierdo mi trabajo.

— ¿Qué es más importante, tu trabajo o la vida de miles de personas, incluida, la de tus hijos?

Me quedé pensando en todo lo que me había dicho, ¿cómo era posible, que tan siquiera, pensara en lo de perder mi trabajo si la vida de mis hijos estaba en juego?

Tomé la manguera y la devolví a su sitio, en el carro. Miré a la niña, quería decirle que sus palabras me conmovieron y que cambiaría, por ella y por mis hijos, por un mundo mejor para todos, pero cuando quise hablar ya se había dado la vuelta y caminaba en

dirección al bosque.

—¿Cómo te llamas? —alcancé a preguntar antes de que su figura se perdiera entre los árboles.

—Conciencia —iba a decir otra cosa pero ella habló primero —y creo que he hecho bien mi trabajo.

Y así sin más, se perdió en el bosque. Regresé a mi trabajo y renuncié. Cambiaría. Cambiaría por mí, por mis hijos, y por el mundo, porque como dijo la niña del río, el cambio está en las pequeñas acciones.

## La gota del descubrimiento

Manuel Leonardo Monteros Chavarín

17 años, Hermosillo, Sonora

El mundo, este mundo... cálido, escaso, soleado, de colores naranja, café, amarillo, colores rojizos, este mundo... muerto. Todos los días es lo mismo, la misma rutina, levantarme, desayunar, salir, caminar mientras veo la cara de desesperación de la gente, esas caras sin vida esperando a que les llegue su hora. Asistir a mi aburrido trabajo, escuchar las mismas quejas deprimidas de mis compañeros, los gritos de mi superior, pero una vez que salgo del trabajo puedo hacer mi *hobby* preferido: el escarbar. Preparo mis herramientas de excavación y empiezo a perforar el silencioso desierto, ¿Por qué? Porque aunque este mundo solamente sea decadencia y desesperación, yo me olvido de todo esto al adentrarme en la profundidad de la tierra porque sé que en el mejor de los casos voy a encontrar algo nuevo, algo sepultado por el tiempo, algo del pasado. Antes existían enormes sociedades repletas de una especie llamada "humanos" pero por alguna razón, aún desconocida, estos desaparecieron y todas sus ciudades quedaron bajo tierra con el pasar de los años.

En este mundo todo es tierra, todo son rocas, arena, montañas y sol. Existen animales que se mueven bajo tierra y una especie muy extraña y escasa denominada "planta" divinidades serenas y piadosas. Cada vez que se descubre una se tiene que informar inmediatamente a la autoridad de la colonia y está es-

trictamente prohibido el cavar cerca de ella. La gente no tiene mucha esperanza de vida, si eres afortunado vivirás hasta los 30 años, yo ya tengo 16.

Existe una enfermedad, de la cual nunca se ha podido encontrar una cura, donde la persona condenada se debilita, su movimiento se ralentiza y su habla se deteriora. La gente en este mundo muere tan rápido que las ciencias no pueden avanzar mucho. No se ha podido encontrar la cura a diversas enfermedades, seguimos muriendo sin ver la luz del alivio. Me pregunto cuál es el verdadero significado de vivir en un mundo muerto como este, ¿Cuál es nuestro propósito? ¿Preservar nuestra decadente especie? ¿Por qué vivir con temor de que en cualquier momento enfermaremos? Yo quisiera que hubiera una respuesta a todas estas preguntas pero ¿Qué puedo hacer yo? Un simple joven destinado a morir en unos años más sin que quede registro de mí, solo puedo estarme preguntando y preguntando todo esto mientras me sumerjo en el desierto, todos los días... la misma rutina...

En uno de esos días monótonos de mi existencia, mientras exploraba el cálido suelo; me perdí tanto en mi ser y no advertí que me había alejado considerablemente de mi sociedad. Cuando levanté la mirada para ver a mi alrededor encontré un pequeño ser verde, feliz de vivir a pesar de estar rodeado de pura muerte: era una planta. Inmediatamente pensé en reportarla, pero... me detuve a mirarla, era tan preciosa, nadie en toda mi colonia podía siquiera imaginar a ser alguien tan lleno de vida, y ahí fue cuando las preguntas en mi cabeza, como buitres a su presa, se lanzaron a devorarme. Sentí las ansias de soltar mi palabrerío en

aquella forma de vida, sin poder contenerme más al mirarla, me dirigí hacia ella, ¿por qué se ve usted tan viva en un desierto tan muerto?, ¿qué es lo que hacen con ustedes al ser reportadas?, ¿es usted tan poderosa como todos dicen?, ¿por qué nunca se mueve de lugar?, ¿debería temerle a desafiar a las autoridades si de todos modos no vamos a vivir tanto?, ¿qué hay debajo suyo? Me detuve un momento a reflexionar esta última pregunta, sentía como si la planta me llamara, percibía el peligro en el aire, pero a la vez mi pasión por el descubrimiento me impulsaba a realizar aquella labor que me era prohibida.

Agarré con fuerza mis herramientas de excavación y empecé a agujerar el suelo debajo de la planta. Quedé impactado al ver lo que la planta escondía debajo de ella, era una especie de largo cable pegado a la planta que parecía ser interminable; así que seguí cavando, ya no había vuelta atrás, tenía que descubrir hasta qué profundidad llegaba el lazo entre la planta y el subsuelo. Después de un rato cavando me di cuenta que la tierra se empezaba a sentir cada vez más blanda y menos caliente. Estaba empezando a preocuparme cada vez más y más. Entonces sucedió... mi herramienta se topó con algo más duro de lo normal y una vez que lo atravesé algo salió con mucha fuerza del hoyo que había cavado, era tan fuerte que me expulsó de las profundidades del suelo. En ese momento no podía describir lo que mis ojos estaban viendo, no tuve de otra y me alejé tan rápido como pude de ese lugar con dirección a la colonia para avisarle a la gente, por supuesto no me creyeron pero cuando mencione la planta; las autoridades aceptaron en acompañarme. Ellos habían quedado atónitos al ver mi

descubrimiento, tanto que ni si quiera me sancionaron por no haber reportado la planta antes, no sabían qué hacer, así que, regresaron para contactar a las colonias más grandes donde la ciencia trabajaba y ellos tomaron acción rápidamente, pronto la noticia ya era conocida mundialmente.

Alrededor de todo el mundo se empezaron a hacer excavaciones en todas las plantas que los gobiernos habían ocultado, a este nuevo descubrimiento se le denominó “Agua” con base en los libros encontrados de los humanos. Otros términos fueron definidos en relación al agua; para nosotros antes algo “seco” era algo normal, no se conocía lo húmedo al sentir la presencia del agua en el ambiente, lo mojado al ser cubiertos por el líquido, ni la lluvia, la cual se presentó al evaporarse una parte del agua que trajimos de la superficie, nosotros al presenciarla creímos que era el fin del mundo, algún dios nos estaba castigando por profanar el agua pero al parecer fue lo contrario.

El agua empezó a ser estudiada, sus utilidades empezaban a presentarse, los ecosistemas renacían, los animales se presentaban, el clima cambiaba lentamente, las plantas podían beber y florecer sin tener que extender tanto su necesidad de encontrar su fuente de vida, y una vez que se experimentó con ella en las personas todo empezó a ser más claro. El agua era nuestra salvación, parecía que la enfermedad de la cual la población empezaba a morir se llamaba deshidratación y se cree que esta junto con otras enfermedades mataron a los humanos ahora conocidos como “Humanos del pasado” porque muchos estudios confirman que nosotros de alguna forma descendimos de ellos.

Pasaron unos años, para mi suerte sí se me acreditó el título de “el que descubrió el agua”. Los días eran más tranquilos, teníamos mucha agua, oxígeno y comida, teníamos vida. La gran variedad de seres vivos surgían una vez más tras su desvanecimiento. Tratábamos de adaptarnos a “El Nuevo Mundo”. El olvido cubierto por la tierra solo era recordado por las plantas y su raigón. Aun después de todo lo sucedido mi *hobby* favorito seguía siendo el escarbar, pero ahora lo hago con una máquina taladro, y no con mis viejas herramientas. Todos los días me sumerjo en la búsqueda con el propósito de hallar más vida o restos de las antiguas civilizaciones humanas y mientras lo hago el enigma de la existencia presente en mí se manifiesta pero esta vez diferente ¿Por qué los humanos del pasado desaparecieron por falta de agua si hay muchos pozos alrededor del mundo? ¿Cómo nos originamos nosotros? ¿Será el agua una bendición o una condena? Tal vez no sepa las respuestas a estas preguntas. El rumbo de la humanidad es incierto pero estoy seguro de que no cometeremos el mismo error que los humanos del pasado.



## La diferencia

Synthia Alejandra Ávila Armendáriz

17 años, Guaymas, Sonora

Mis manos envolvían la preciosa joya que mi madre usó en su día de bodas, todo mi cuerpo temblaba en cada paso, me sentía impotente, unos pasos más y lo lograría, una persona menos delante de mí y tendría en mis manos lo que salvaría a mi abuela.

—¿Qué empeñarás esta vez Christopher? —dijo el empleado Max detrás del cristal. Sin dudarlo pasé el anillo en el orificio, esperando una respuesta por lo dado—. Por este objeto se te dará una ración de 1 litro.

—¡¿Un litro?! Max, mi abuela se está deshidratando, ten compasión, necesito más —imploré, mis ojos se llenaban de lágrimas, no lloraré, el agua no puede ser desperdiciada de ninguna forma. Tengo que salvarla, mi mente no dejaba ese pensamiento—  
¿Cuánto me das por mis zapatos, mi ropa? Todo lo que traigo puesto.

—Christopher ya sabes cómo están las cosas, cada vez hay menos agua y las tarifas están más caras. Todos estamos pasando por lo mismo —Max sonrió levemente en modo de disculpa, él sólo era un empleado, no podía a ayudarme, nadie podía.

Agarré la botella de litro, y salí corriendo en dirección a mi casa. Abrí la puerta de un golpe, mi abuelita no podía esperar. Mi mamá la tenía entre sus brazos, las dos se veían tan frágiles, después de una vida llena de lucha, pero físicamente eran tan diferentes, mi abuelita era blanca con pelo negro lacio, y mi mamá

morena con pelo café ondulado. Y yo el único nieto era una combinación de ambas, moreno con pelo negro.

Me senté a lado de mi mamá, abriendo la botella, pero al observar su rostro de cerca, en sus ojos cafés brotaban gotas, y eso sólo significaba un asunto; nosotros no nos permitíamos llorar, cuidábamos cualquier tipo de agua más que otra cosa. Mis pupilas se desviaron a abuelita que estaba con ojos cerrados y los brazos caídos a los lados. Había llegado tarde, no fui capaz de salvarla, si hubiera corrido más rápido, si no hubiera discutido con Max, si hubiera...

Mis ojos no podían creer lo que estaban viendo; tenía que salir de ahí. Una zancada a la vez y me alejaba de la tragedia presenciada. Tras la puerta de mi casa se localizaba uno de los lugares más bonitos que había tenido la Tierra: la arena y el mar, llamado en los tiempos de mi abuela "playa" donde el mar era transparente y podías bañarte en él y de ahí se podían apreciar unas puestas de sol bellísimas. Contemplándolo podía imaginármelo gracias a las historias que nos contaba abuelita sobre aquel hermoso lugar.

Lástima que de bello no quedaba nada, en la arena se encontraban botellas, envoltorios de comidas, etc. En el mar hace tiempo hubo un accidente de derrame de ácido sulfúrico, por ello el agua de la costa estaba contaminada y toda vida que se encontraba en él desapareció. Lo que se hizo para que no se esparciera más fue hacer un muro y se puede ver la diferencia de las aguas. El agua que no se logró contaminar de las grandes empresas la aprovecharon para desalinizar, pero es muy caro y no alcanza para cubrir las necesidades de todos.

Me recosté en la playa, mi cabeza chocó con algo duro, era un frasco con agua dentro, en el etiquetado de la botella venía un mensaje “El cambio” al leerlo en voz alta noté que mi lengua se secaba, así que me lo tomé, era agua caída del cielo y no podía desperdiciarla. Hidratado por primera vez en semanas, me recosté en la arena y me dormí.

Era un sueño muy hermoso, alcanzaba a escuchar las olas del mar, era una melodía espléndida y podía escuchar a los pelicanos y garzas. Un perfume salado inundaba mis vías respiratorias.

Mis ojos se abrieron de repente y mis pies entraron en acción al alejarse del lugar al que había sido empapado con agua salada. Contemplé el paisaje que se encontraba frente a mí: olas del mar mojaban la arena. Humedecí mis labios: sal. Mis ojos ardían levemente, no pude reprimir una sonrisa.

La playa estaba delante de mí, no entendía cómo era posible, me pellizqué y sí que me dolía, esto no era un sueño. La playa era tan bonita como mi abuela me la describía. Mis pies descalzos sentían los granitos de arena, salí corriendo al mar, tenía una temperatura agradable, pues era verano. Se hallaban muchas algas que envolvían mis tobillos y se apreciaban peces pequeños. Las olas del mar me llevaban. El cielo era tan azul con nubes blancas, respiré ampliamente: aire limpio.

Después de horas de estar dentro; decidí salir. Imposible no saltar de la emoción, mis dedos estaban arrugaditos como pasas. “Eso pasa cuando duras mucho tiempo en el mar” recordaba las palabras de mi abuelita.

Al estar sentado una pelota de voleibol me pegó en la cabeza por la parte de atrás.

— ¡Lo siento! —exclamó una niña como de mi edad: 12 años, pelo negro hasta los hombros, mejillas rosadas, le faltaban los dos colmillos de arriba y llevaba puesto un traje de baño rosa completo.

Mis manos envolvían la pelota de voleibol sin dar crédito a lo que veían mis ojos.

— ¡Ab-buela? —tartamudeé, era ella, lo sabía, de niña seguía teniendo la misma mirada con esos ojos cafés que te llenaban de ternura, arrugó la nariz y formulé una nueva pregunta. — ¡María Castillo?

— Si, soy yo —sus brazos mostraron sus palmas y yo le arrojé la pelota entre ellas — ¡Quieres jugar?

Accedí. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo mi abuela era una niña? ¿Había viajado en el tiempo? ¿Cómo era eso posible?

María y yo conformábamos un equipo y sus compañeros de la escuela, Andrea y Juan otro. Quedamos 8-2, ganando nuestro equipo. Al terminar nos sentamos en la playa, María nos pasó botellas de agua a cada uno, yo estaba asombrado como en los tiempos de mi abuela, el acceso al agua era tan sencillo.

Me tomé mi botella en dos tragos, esa era la vida que siempre había soñado, no pasar sed nunca en mi existencia, y poder mirar a mi alrededor y que todo tuviera vida: los árboles verdes, la playa, el cielo azul.

— ¡Vamos a mi casa por quesadillas! —dijo María, levantándose para encaminarse a su casa, lo siguieron Andrea y Juan, dejando las botellas tiradas en la arena.

— ¡Esperen, sus botellas! No las tiraron en la basura —informé juntando sus botellas.

—No pasa nada, son sólo cuatro botellas —comentó mientras se dirigía a la puerta de su casa.

Al llegar a la entrada, tiré las botellas en su lugar. La casa era la misma en la que yo vivía, pero todo en ella era más nuevo y mejor cuidado, las paredes blancas estaba bien pintadas, el suelo se encontraba limpio al igual que toda la casa. En la mesa se hallaba un papel verde, en el que salía una señora, doscientos pesos, era un billete, era la primera vez que veía uno verde, mi abuela me decía que con eso pagabas y comprabas cosas.

En mi mundo eso ya no existía, el agua era nuestro nuevo dinero. Me senté en la mesa para esperar mis quesadillas. María se encontraba lavando unos platos, dejó el agua fluyendo mientras acomodaba los vasos, las servilletas y los cubiertos. Estaba impactado cómo era capaz de desperdiciar tanta agua, pudiendo sencillamente cerrar el grifo. Yo mismo realicé esa acción. Me planté frente a la mesa, resonando un golpe con mis puños, todas las miradas se volvieron hacia mí.

—¿Qué no sabes lo valioso que es el agua para que la andes desperdiciando pudiendo simplemente cerrar el grifo? —vociferé.

—Solo fueron 5 minutos, ¿por qué te alteras?

—Preguntó María con ceño fruncido.

—No estás sola en este mundo, con esa agua que no utilizaste fácil se desperdiciaron 50 litros y estoy seguro de que no es la primera vez que lo haces. Imagina a todas las personas de este planeta que tienen la misma costumbre que tú ¿Cuánta agua no se desperdicia al día?

—Pero... agua hay mucha y falta demasiado para que se acabe el agua.

—El agua dulce sólo es el 2% y tú estas contribuyendo para que se acabe más pronto; tirando basura en la playa, y desperdiciando el agua. Una persona hace la diferencia, deberías pensar en las generaciones futuras, ellos también querrán conocer este mundo con agua —me entristecí al recordar mi vida; ellos tenían todo pero no lo sabían, yo que no tenía nada valoraba lo que para ellos era algo normal; normal tener un garrafón para beber, agua para bañarse y limpiar la casa, el mar para nadar—. Estos actos te alejarán de este mundo y el hubiera no existe, así que actúa ahora; porque después será muy tarde.

—Yo, yo... —se inquietó, sus ojos se encontraron con los míos reflexionando. —Yo no lo había pensado de esa manera, quiero que mis hijos y nietos tengan acceso a ella. Quiero que mis acciones no se han para perjudicar el mundo en el que vivo, sino para apoyarlo. —Ojala que así sea.

Me alejé, derramando lágrimas, adiós María, adiós abuela. Me acosté en la arena, mirando el atardecer, este era el mundo en el que a mí me hubiera gustado estar; con los colores pintando de amarillo y naranja el cielo, me dormí.

—¡Despierta! —dijo una voz dulce, sacudiéndome suavemente el hombro.

La sonrisa de mi madre fueron lo primero que contemplaron mis ojos. Había vuelto al presente, no entendía el porqué de su mirada, se encontraba feliz, y sólo hace unos minutos mi abuelita se había ido. Al voltearme a la izquierda se localizaban unas sillas, a las que mi mamá se empezó a dirigir, en ellas se encontraban alrededor de 200 personas y un escenario

enfrente de las sillas con un micrófono en medio. No había basura, todo estaba limpio, y en mi derecha se hallaba algo que jamás creí volver a ver, el mar estaba enfrente, pero ¿Cómo era eso posible?

La playa se saturó del sonido de los aplausos, mi mirada se dirigió al escenario en el que se situaba una persona, mi abuelita en un vestido azul; estaba viva. Me acerqué al escenario para poder apreciarla mejor.

—Compañeros, me planto frente a ustedes para celebrar una ocasión muy especial, el aniversario de mi campaña “Cuidando el agua” en la cual participan personas de todo el mundo, realizando acciones para el beneficio del planeta; usando energías renovables, no tirar basura en el suelo, limpiando el medio ambiente, reutilizando el agua de las lluvias, reduciendo el uso del agua en los hogares, utilizando únicamente la necesaria. Un día de estos la idea de fundar esta organización vino a mi mente gracias a un niño — nuestras miradas coincidieron y me dirigió una risita seguida de un guiño —. Ese niño me hizo reflexionar sobre lo que yo estaba haciendo para cuidar el agua y sinceramente no hacía nada, dañaba al planeta. Nadie me había enseñado lo importante que es preservar el agua, por eso fundé esta organización para enseñar a las personas sobre el cuidado del agua, y juntos cambiar el mañana del mundo.

El público se paró con fuertes ovaciones. Ahora vivía en mi lugar soñado, y el mundo con escasez de agua había desaparecido. Una persona hace la diferencia, pero todos juntos podemos transformar el futuro del planeta. El agua es de todos y al ser de todos es nuestro deber cuidarla.

## En busca de hax

Ana Michelle Gallego Islas

14 años, Hermosillo, Sonora

Sentada sobre la arena, mi hita llora en silencio, mi hermana menor observa la escena sin entender y mi padre se la lleva a otro lado. El cielo hoy tiene un color diferente y el ambiente no huele a pescado como siempre. Cuando me siento enseguida de mi hita todo se siente extraño, no puedo ni hablar, así que solo observo. A la derecha, la arena de la Tahéjoc o Isla del Tiburón sigue siendo la misma, el agua, hoy tiene un color más café que ayer, y la canasta que hizo mi hita Ana sigue en la entrada de la puerta de la casa. A la izquierda, a una distancia corta de mí, la piel morena de su rostro, sucia por los días sin un baño, se baña con sus lágrimas, la pintura blanca que forma los tres puntos debajo de cada uno de sus ojos se corre lentamente, mientras sus manos tiemblan como intentando encontrar algo en el vacío, tomo una de sus manos, y apoyo mi cabeza en su regazo. Hace mucho mi nana me contó una historia sobre la “lluvia”, según mi nana, un día las nubes taparon al sol y miles de gotas de agua bonita comenzaron a caer del cielo, aun dudo si es verdad, pero me gusta recordarla para olvidar nuestra situación. La escasez que existe en mi comunidad cada día es peor, antes, cada día tomaba cuatro vasos de agua, y ahora con suerte tomo uno. Mi situación está tan mal, que estoy segura que ahora ya no hay tantas personas en mi comunidad como las había antes. No sé muy bien a dónde nos marchamos,



pero hace días un señor muy limpio y bien vestido vino a decirnos que si queríamos sobrevivir, algunos nos tendríamos que marchar a la “ciudad”. Nadie sabe lo que pasará hoy, tomo mis cosas y lentamente las orillo hacia una esquina, no es que tenga muchas, pero cada una representa un recuerdo, desde mi vestido azul que mi nana me hizo, hasta la figura de palo fierro que una vez encontré enterrada bajo la arena el día que cumplí 12. Algo me dice que ya no veré cosas como esas de nuevo. Me trenzo el cabello como todos los días, mientras el sol termina de salir. No sé qué nos espera, pero la gente siempre me ha dicho que solo los verdaderos valientes son aquellos que salen de sus problemas. Sé que soy pequeña para entender, pero es que hace tiempo no veo agua de la clara, de la que es bonita y mi nana me había contado tantas historias sobre ella, que a veces me pregunto si serán verdad, porque jamás he visto algo parecido, y dicen que todavía queda de esa en el lugar al que vamos. El hombre que vino el otro día llega en un barco vestido de negro y muy limpio, como el otro día, se baja del barco, se para en la arena y le dice al líder de la comunidad que todo está listo para irnos. El color negro vibrante de los ojos de mi hermana me da esperanzas, carga su muñeca firme y me pregunta hacia dónde vamos —no lo sé— le digo, mientras acaricio su cabello. Miro el barco donde irá mi familia, y cuando volteo hacia atrás los veo a todos, creo que somos como mil, todos vestidos como siempre lo hemos hecho, de colores brillantes, las mujeres con su falda larga, amplia y ceñida a la cintura, blusa con cuello alto y manga larga, las niñas abrazadas de sus muñecas rodeadas por

los brazos de sus padres. La comunidad seri se había reducido muchísimo. Por la expresión tonta del hombre limpio, sé que nunca había visto cómo era este lugar y como éramos nosotros, cuando subimos al barco blanco y grande... nos amontonan con brusquedad, hay muchas personas y amigos de la familia llorando, estoy rodeada de ellos. Después de un camino no muy largo llegamos a un lugar muy sucio y abandonado, escucho que el nombre se pasa de voz en voz hasta que escucho “Kino”, “Bahía de Kino”. Nos bajamos en este lugar, que está muy desierto e incluso más descuidado que donde vivía yo antes. El lugar pareciera haber sido habitado alguna vez, al bajar del barco, persona por persona nos dan una hoja con nuestra información, de cada familia, nuestros nombres, día de nacimiento, y en la parte alta de la hoja creo que dice “ÁREA DE RESCATADOS N. 2” y más abajo “día 03 mes 08 año 2036”. Me empieza a dar miedo lo que pasará después, mi hermana y mis padres no nos hemos separado ni un segundo, ni siquiera cuando un hombre amenaza a mi hita con robarle a mi hermanita. Después, nos suben a diferentes camiones y me da la impresión de que estos hombres que nos están ayudando, están tan perdidos como nosotros en este momento, es ahí cuando me empiezo a percatar de lo que pasa. Nos llevan a un lugar llamado Hermosillo, que al parecer tiene agua, o una poca, y nos puede ayudar a sobrevivir. Nos dan un pedazo de papel con diferentes fotos del lugar, parece muy extraño, no es un lugar donde viviría mi comunidad, pero si hay agua, tenemos que mudarnos. Ya las personas más esperanzadas al ver las fotos, le hacen preguntas a un

hombre blanco y limpio que habla seri. Me pregunto a mí misma si, mudarnos, en realidad nos ayudará, mis ojos se llenan de lágrimas, porque ya extraño mi casita y el olor a pescado. Aquí adentro todo me huele a falso. Cierro los ojos e imagino una vez más que estoy sentada enseguida de mi hita a la orilla del mar en Tahéjoc, con agua limpia, con mi padre fabricando figuras de palo fierro a lo lejos y el cielo color azul más bello que nunca. Aún yendo a un lugar diferente, de esos modernos, yo jamás olvidaré mi comunidad, ni de dónde vengo, y le enseñaré a mi hermana todo lo que sé, para que nunca olvide de donde viene, todos los días le voy a enseñar una palabra nueva en seri, y la voy a obligar a pintarse las líneas y puntos que desde que somos pequeñas nos han enseñado a colocarnos. Aún cuando me bajo del camión y veo el lugar Hermosillo, extraño todavía más mi casa, al llegar lo primero que veo es un cartel grande donde se leen algunos consejos para cuidar las reservas de agua, otro donde se anuncian varias personas y tiendas, me veo rodeada de carros y personas que avanzan a toda velocidad, pero aun a máxima velocidad se detienen un segundo para voltearnos a ver y darnos la bienvenida. Ahí es cuando le digo:

— ¿Hita?

— ¿Sí? — me contesta con voz cortante.

— Vamos a estar bien.

## El mayor tesoro

Sofía Cárdenas Rosas

14 años, Hermosillo, Sonora

En el centro de un desértico pueblo me despertaba yo, el capitán Caleb, conocido por nadie como el sobreviviente del vacío mundo. No recuerdo muy bien lo que sucedió estos últimos meses con exactitud, el golpe de calor revolvió mi cerebro como si de un tornado se tratara y el agua no era algo que pudiera encontrar. Así es, aquí no hay agua ni en el mar.

Sacudí los pelos de mi rostro en una forma de limpiar mi barba de la tierra y caminé a mi nave, acercándome al timón y fingiendo que mandaba a mis tripulantes a que limpiaran el suelo y elevaran las velas. Al borde de mi delirio alcancé a divisar un molesto rayo de luz que salía de la arena en donde antes reinaba el mar. Asombrado por su tenue brillo y con la esperanza de que haya encontrado agua corrí por todo el barco hasta bajar de este, parta luego sacar eso que antes era acobijado por la arena.

—Es sólo una brújula —suspiré— esto no me sirve.

Examiné con cuidado ese aparato, mi memoria comenzó a trabajar cuando vi el casi borroso dibujo en la parte trasera de la brújula: una especie de corona con un triángulo en la punta y dos romboides a los costados.

Una vez escuché a un viejo rey decir que dos reinos cercanos se asociarían y construirían una bóveda de piedra en las profundidades de la capital, donde estaría bajo la supervisión del siguiente heredero al trono, el príncipe Felipe V, en donde guardarían provisiones para cuando una situación extrema se hiciera

presente y fuera completamente necesario abrir las puertas de la bóveda, por lo que supongo que habrá agua, la cual podré agarrar por ser una situación que lo amerite.

Empuñé la brújula en mano y subí veloz a mi barco para emprender el viaje hasta que me detuve al recordar que no había mar como para navegar. Así que, sin perder las fuerzas salté del lugar que fue mi hogar junto a mis tripulantes y empecé a caminar por el ahora desierto.

Como tres horas habían pasado y yo ya había aflojado mi camisa y amarrado una manga de mi chaqueta en la cabeza. Con los ojos entrecerrados miré al cielo y me topé con el sol en su punto más alto advirtiéndome que la tarde se aproximaba. Horas que la estrella gigante transmitía un calor intenso e insoportable hacia la tierra advirtiéndome que me protegiera. Busqué refugio en lo que una vez fue una cueva submarina; dentro no sería tan malo si no fuera porque la tierra que habitaba ahí provocaba irritación en mis ojos. Pero ¿yo qué podía hacer? La comida que aún existía ya se encontraba deshidratada y poco probable para ser consumida sin que caiga en una enfermedad grave. En esos momentos sólo tenía ganas de saborearme un delicioso pescado, especie extinta en el mundo.

Cuando la noche llegó salí de mi escondite y continué con mi viaje caminando. Mi salud empeoraba con las horas y si no apuraba el paso para llegar pronto a la capital del reino a por las provisiones, moriría probablemente primero de sed.

Mientras avanzaba me convencí de que todo saldría bien; imaginaba que llegaba y encontraba el ba-

rril que contendría el agua fresca e hidratante, igual a la que yo tomé estos últimos meses cuando trabajaba en la búsqueda de una cura para la enfermedad de mi equipo, antes de enterarme del problema mayor en el mundo.

Ya era mi segundo día de viaje, ahora sin provisiones para sobrevivir de las oleadas de calor que amenazaban en el verano. No hubo mucho que contar de este día hasta que se hizo la hora oscura. Juraba yo que no habría criaturas por el camino, no tendría sentido de que algún otro ser deambulara por ahí además de mi persona, pero allí estaba saludándome un delfín que se asomaba de un creciente charco de agua. Corrí a toda velocidad para lanzarme, pero me detuve al ver que no había nada y todo eso era producto de mi imaginación. Asustado de estar al borde de la muerte me recosté en el suelo y dormí por unas horas hasta ser despertado por una lluvia de rocas cercana de una montaña. Después de ahí no paré de caminar, a excepción cuando creía ver algo que podría ser mi salvación.

Entre alucinaciones de ríos y sombras de árboles encontré por fin el gran castillo de España; maltratado quizá por las incontables guerras de sed en búsqueda de sobrevivir, matando para conseguir aquello que les ayudaría en su supervivencia —lo sé porque lo mismo ocurrió donde yo estaba—.

El día avanzó hasta la hora de mayor temperatura eterno se me hacía el camino hasta llegar a la bóveda, no entendía mucho el motivo de hacer una habitación de reservas en lo más profundo de un sitio que ya era desde un inicio gigante.

Justo en el momento en que asomé mi cuerpo al largo pasillo, mi cabeza dio vueltas y punzadas me

atacaron como cuchillas en el cráneo, tanto era el dolor que me pegué en la pared para racargarme de algo y no caer directo a la tumba. Luego olfateé un penetrante olor a muerto que logró que mi estómago moribundo no pudiera más y yo me soltara en vómito. El asqueroso sabor y ardor en la garganta me recordó lo que ahora mismo más necesitaba: beber agua.

No me importaron ya mis dolores, caminé a duras penas al final del pasillo y golpeé la puerta hasta que esta cayera y yo junto a ella. En cuatro gateé pasando de largo por diversas cosas que habían allí: cobijas y ropas hechas con buena tela, cajas tiradas por el suelo, y armas de punta filosa paradas como un mástil.

Con trabajo logré ponerme de pie para admirar las mayores de mis desgracias, y luego romper en un silencioso llanto al darme cuenta que mi única oportunidad para vivir se había desvanecido por completo. Ahí seguí yo, mirando por momentos el barril de agua recostado en el frío piso mientras este tiraba las últimas gotitas que quedaban en la Tierra de ese milagroso líquido.

Hasta este punto caí en cuenta que todo esto provocó el fin de todo lo conocido, la mayoría de las actividades que hacía el ser humano de algún modo inconsciente afectaba los mares, y como si eso no fuera mucho también desperdiciaba el agua para su beneficio, su satisfacción, y no porque le fuera necesario sino porque tenían la mala creencia que el agua jamás terminaría, que de algún modo todo se solucionaría así porque sí sin hacer algo al respecto para impedir lo que justamente sucedió, el fin de la raza humana, animal, vegetal, de todo.

Recuerdo ver gente muriendo en las calles pidiendo un poco de agua y ser ignorados por las personas, y a la semana ya no encontrarse presentes. Yo, Caleb, fui uno de esos seres egoístas que escondía para mí mismo ese líquido y aún así contaminaba los océanos por diversión sin imaginar que había más gente que necesitaban ayuda, mientras yo destruía sus vidas indirectamente; y mi final será el mismo, pero ahora peor conociendo las atrocidades que cometí al desaprovechar el mayor tesoro de la humanidad.



## Había alguna vez

Ismael Robles López

17 años, Hermosillo, Sonora

Las fiestas del pueblo, aquéllas a las que amaba ir cuando era niño, eran las más esperadas en casa cuando terminaban las clases y llegaba la semana santa. Corríamos de regreso de la escuela rumbo a casa para preparar todo e ir a ver el hermoso río que abundaba y fluía por entre casi toda la zona del pueblo: era bello, claro y lleno de belleza natural a sus alrededores, tanto así, que era la zona más visitada por turistas cada que se acercaban dichas fechas.

Papá cuenta durante el camino todas sus experiencias vividas a la orilla del río con sus amigos de la infancia, “era muy vago” decía siempre sonriente cuando recordaba las palabras de mi abuela cuando lo regañaba y cuando le decía que no se escapara al río tan seguido, papá obedecía, o bueno eso dice él, de algún modo él le tenía tanto respeto y amor a la abuela que no me cuesta trabajo creerle, pero de lo que sí no me queda ninguna duda es de lo mucho que él amaba el río de joven, le encantaba ir ahí, y nos educó de tal manera que nosotros crecimos con ese cariño al río y a sus hermosas aguas fluyentes y sobre todo claras.

Y cómo no tenerle cariño a un lugar donde comenzó todo lo que es mi familia ahora, allí mis papás se conocieron, allí acordaron casarse y justamente en el mismo lugar junto a una gran roca es donde veníamos a parar cada año que vacacionábamos. Veníamos a disfrutar de la pureza del agua viva y caudalosa del

río, el agua era deliciosa, te sentías en otro mundo al bañarte en ella, tan fresca, relajante y brillante como un diamante de valor incalculable, en lo alto de la roca papá y yo siempre subíamos y él me platicaba de la abuela, sus amigos y que ese lugar era aún más bello digno de miles de fotografías. Yo no podía imaginármelo, solo pensar si era posible que este lugar fuera aún más hermoso de lo que ya era, yo solo reía de papá y le decía que alucinaba si vio alguna vez que este lugar fuera aún más bello, me parecía imposible.

Carnes asadas, bailes, fiestas y miles de cosas más durante las fiestas hacían parecer a las hermosas aguas de río como la joya de la corona más preciada del mundo, un paraíso lleno de luz y calor de la gente que me hacían cada año llenarme de emoción para volver al siguiente y pensar si las cosas aún podían ser mejor. El aire más puro que jamás tendré la oportunidad de volver a respirar, el olor a campo y árboles que me hacían llorar cada vez que nos tocaba despedirnos del pueblo, dos semanas no eran suficientes para disfrutar de todo lo que este lugar mágico ofrecía, pero bueno, como decía la abuela “no estés triste, todo lo encontraras igual de hermoso cuando vuelvas y el pueblo ¡de aquí no se mueve!” decía siempre ella sonriente y carismática, sus palabras se cumplían, siempre, cada año, yo esperaba que llegaran estas fechas para así abrazarla y disfrutar de este bello lugar, no pude abrazarla todo el tiempo, las cosas tienen un fin, pero a veces desearía que no fuera así.

Cuando creces a veces pierdes el interés por algunas cosas, dejas de ser un niño para integrarte a un mundo de mucha responsabilidad social y personal, en

mi caso, yo seguía disfrutando siempre como aquel niño que fui alguna vez, bañándome en las claras aguas de vida de aquel río, allí me sucedieron cosas increíbles a mí y a mi familia pero...no duró lo que yo esperaba, no fue para siempre, nunca pensé que algo así pudiera suceder.

Un año cualquiera, como todos los anteriores de mi vida nos dirigíamos hacia el pueblo con mucha ilusión de volver como cada año y saludar a la familia, emocionados llegamos y nos topamos con la sorpresa de que el pueblo estaba más solo que de costumbre, las personas que vivían ahí no estaban, la gran mayoría no se encontraban en los preparativos de las fiestas como en años anteriores, y había muy pocos turistas, como era tarde papá dijo que hasta al día siguiente iríamos al río y que probablemente llegarían todas las personas. Extrañados fuimos a casa de la abuela donde tampoco encontramos a ninguno de los tíos, me fui a dormir sorprendido de lo que estaba pasando, jamás había vivido algo así en toda mi infancia y mucho menos en mi entonces muy temprana juventud.

A pesar de lo que había ocurrido me levanté emocionado, papá dijo que me adelantara con mis hermanos al río, sin pensarlo dos veces mis hermanos y yo salimos disparados hacía el caudaloso río que raramente no había escuchado la noche anterior, cuando íbamos de camino seguía estando demasiado solo todo el lugar, hasta que cuando llegamos sentí felicidad al ver que la mayoría de la gente estaba ahí, felicidad que no me duraría mucho al saber lo que estaba pasando.

Cuando nos acercamos, lo vimos, estaba irreconocible, con basura, sucio, totalmente contaminado por

químicos de una empresa que acababa de trasladarse al pueblo, en ese momento se estaba realizando una confrontación en contra de los representantes de la empresa por lo que habían hecho, mientras eso sucedía me dirigí hacia la gran roca y me puse de pie en lo alto, sujetándome la cabeza me entristecí grandemente por lo que estaba viendo, no lo podía creer, vi a papá llegar y corrí de nuevo hacia la multitud y hacia él, se preguntaba lo mismo que yo me pregunté cuando llegué, le conté lo que pude, ya que mi quebrada voz no me lo permitía en ese entonces, papá y yo subimos hasta la roca de nuevo y sentándose junto a mí apreció lo que en algún momento fue un lugar digno de alabanza y orgullo, ya que en ese momento solo daba tristeza y vergüenza, viendo todo, solo podía pensar en que ya no tendría sentido alguno continuar con una tradición que en un abrir y cerrar de ojos acaba de sellar su final para siempre.

Sentados ahí, solamente viendo que la claridad del agua había desaparecido, que sus aguas no eran mas que lodazales con basura, que la belleza natural parecía más un parque mal cuidado que una atracción turística, que el aire era ya irrespirable. Nos sumimos en una enorme y profunda desesperación a papá se le salían las lágrimas con tanto lamento tal como si él tuviera la culpa, nadie la tenía, solamente aquellas personas que buscaban el beneficio propio sin pensar en el daño que pudieran ocasionar.

Al bajar de la roca después de un tiempo, regresamos a donde la multitud, y ya había llegado la policía, solo hubo una multa de enorme cantidad, pero... ¿eso de que sirvió?, nada, absolutamente nada, el daño es-

taba hecho. Regresamos a casa desilusionados de lo que acabamos de ver, empacamos todo de nuevo y volvimos a subir al auto para dejar el lugar que más felicidad nos había traído y a su vez que más tristeza nos había provocado.

Al poco tiempo después de volver a casa vimos en los noticieros todo lo relacionado a la contaminación del río, tuvieron que mantener en contingencia toda el área debido al alto nivel de químicos y basura presentes en el, cuando retiraron la restricción habían pasado ya casi 8 años, yo ya tenía a mi familia, papá lamentablemente ya no estaba conmigo, ni mamá, aún después de todo volví al pueblo solo, no quise llevar a mis hijos a conocer lo que alguna vez fue un lugar bello, con aguas sumamente limpias y hermosas, todo allá se había vuelto solitario.

Llegué y me dirigí hacia el río, durante el camino veía como todo se convirtió en un pueblo fantasma, abandonado, con una felicidad consumida por basura y químicos, cuando me encontré con lo que en algún momento fue un río y ahora solo es un basurero, sin agua, seco, abandonado, sin vida, me llené de una profunda tristeza.

Subí hasta la roca, me senté en ella, y volteé para todos lados esperando ver si era un sueño, aún me parece ver a mi padre llorar junto a mí por lo que estábamos viendo, mirar lo que alguna vez fue un río, cuando alguna vez hubo aguas de vida con claridad infinita, donde alguna vez se escuchaba la ruidosa y caudalosa fuente de vida, donde hubo fiesta, donde hubo un pueblo alegre, donde alguna vez hubo agua, donde ALGUNA VEZ hubo felicidad.

## Cuentos de la abuela

Ana María Salcido Limón

16 años, Hermosillo, Sonora

Y ahí tu abuela, en cuanto te ve, deja de hacer todo lo que está haciendo, sólo para poder saludarte efusivamente, como un montón de besos y abrazos. Después te ofrece uno de esos gigantescos platos repletos de comida que te es imposible negar, porque siendo tu abuela, y el sabor de su comida... sería como suicidio negarse a ello.

Y es simplemente genial, porque como siempre, la comida es deliciosa, pues cómo no, si tiene muchísimos años de experiencia entre ollas y sartenes; porque barriga llena, corazón contento. Piensas que pareciera que ese fuera su lema de vida, porque no importara que llegaras de la nada, ella siempre tenía comida esperando por su comensal.

Ella está ahí, tal vez sirviéndote otro plato igual que el anterior aunque le hayas dicho que solo querías *un poquito más*, o tal vez está ahí, sentada a tu lado, con su eterna taza de café que nunca abandona su mano, hablando de cosas banales y del cómo estaban las cosas en la ciudad y tú preguntando cómo estaban en Ures.

Pero esta vez te pica la curiosidad, y preguntas sobre un tema que mamá Meche estaría encantada de hablar.

—Mamá Meche, ¿cuándo eras chiquita, que hacías cuando llovía? —dijiste con la inspiración de ver a través del mosquitero de esa puerta vieja, que daba al

patio que tanto cuidaba la abuela, donde la lluvia hacía charcos y enlodaba todo. Seguramente en las calles ya corrían los arroyos y los niños empinadísimos divirtiéndose a más no poder, bajo una de las lluvias de verano que tanto se ansiaban.

Ella miró a la nada, se le podía notar un poco la melancolía de aquellos días en su sonrisa.

—Pues yo, cuando todavía era una niña, toda la semana santa nos íbamos a Rayón a visitar a la abuela, y las mañanas eran de excursión. Íbamos al río; y ahí cortábamos berros para luego llegar a casa y comérmolos con limón y sal. Y mi abuela todos los días horneaba, así que nos despertaba el olor a pan de vieja recién salido del horno junto con las galletas. ¡Y jamoncillos! ella hacía jamoncillos, queso, empanadas de mermelada de higo y membrillo.

Pero primero que nada, en el rancho, llovía, y muy a gusto. Nos metíamos a la lluvia y jugábamos encantados, la disfrutábamos al máximo, corriendo por aquí y por allá. Pura hermosura. Y entre todas las lluvias, había una en especial, una MUY grande, pero no nos dejaban entrar al agua, porque decía mi papá que cuando hay sequía, se muere el ganado, entonces esa lluvia acarrea todo eso, mueve los huesos, el cuero, todo lo que queda ahí. No nos dejaba, hasta que se limpiara todo. Pero otra llovida y sí. ¡Ufff! A gusto en los arroyos. Nos íbamos a bañar donde no estuviera muy hondo, porque pues, precaución antes que nada. Después ya nos íbamos al represo todas las santas tardes, y ya nos metíamos ahí hasta donde el agua nos llegaba al cuello, más allá no —reía, como la chiquilla traviesa que alguna vez fue, y que ahora se presen-

taba ante ti como una amorosa madre con el rostro surcado por arrugas de tantos años de experiencias.

— ¿Y nadie se fue para lo hondo? —preguntaste a la expectativa de la tragedia, esa tragedia que siempre había en los cuentos de la abuela, pero que generaban destornillarse de la risa al entender lo *loquita* que estaba.

—No, todos éramos muy vivarachos —contestó con una de esas sonrisitas que reflejaban cómo extrañaba esos tiempos, porque ya sabíamos lo que nos podía pasar. Entonces ya nos bañábamos ahí, y cuando se perdía un o, “¿dónde está? ¿Dónde está? ¡Falta uno! ¿Dónde está?”, y no lo veíamos, y allá donde estaban los gorgoritos, así, bombitas de agua —su voz se empezaba a quebrar en una sonora carcajada a la medida que seguía hablando—, ahí estaba. Es que no se levantaba hasta que lo levantábamos. Estábamos muy pendiente. Porque ya sabíamos que donde estuvieras los gorgoritos, ahí estaban.

A veces, nos salían tortugas en el represo, ahí nadando; culebras, sacaban la pura cabeza, muy rápido nadaban. Nunca nos pasó nada, nunca nos mordieron, ni las culebras ni las tortugas. A veces metía la mano a los hoyos que estaban en el borde del represo y ahí había un mezquite muy grande, y ahí en las raíces que llegaba hasta abajo, había una cueva y ahí estaban los nidos de tortuga. Yo buscaba la más chiquita, y la sacaba. ¿Y luego que crees que hacía? La echaba en un frasco con alcohol, viva. Porque yo la quería, de adorno.

—¿Y por qué con alcohol?

—Ah, porque ya no apestaba. Se moría la tortuguita. Pero yo no veía la maldad, la quería conmigo;



no pensaba que la estaba matando. Y lo hice todas las veces que iba. Duraban muchos años conmigo. Luego salíamos con unos *perrones* que nos cuidaban, Nerón y El Yak. A donde fuéramos ellos iban en frente, abriendo cancha. Eran los guaruras. Nos divertíamos con ellos, si estaba lloviendo y el arroyo corriendo, les arrojábamos palos al agua, de adrede, para que se metieran.

— ¡Que malos! — dijiste tu aguantándote la risa ante las ocurrencias de la viejecita.

— Y para saber si nos podíamos meter, con un palo largo, largo, lo metía en el arroyo para medir el agua; para saber hasta donde llegaba el nivel de agua, y veía *si nos podemos meter, no nos podemos meter*. Y ya, muy a gusto, nunca nos pasó nada, solo unas ahogaditas nomás, pero nos sacaban. Y muy a gusto. Antes, en temporada, llovía casi todos los días, había mucha agua, y ahora lloran porque no hay, se está acabando.

Es toda una lástima lo que le hicieron al río Sonora, dicen que ya te puedes meter, pero de verdad, no confío, ¿Qué eso que por culpa de unos *pendejos* nos hayan dejado sin agua por tanto tiempo? Hasta después de que se “calmo todo”, nos dieron tinacos como disculpa. No, si yo todavía tuviera niños no dejaría que corrieran el peligro de nadar entre tanta basura y residuos tóxicos, seguro se nos mueren los pobres niños. Y todavía que casi no llueve. Ya los niños no podrán vivir lo que yo en sus días por la culpa de nosotros, los humanos, arruinando todo lo que Dios nos dio como los estúpidos que somos.

## ÍNDICE

<b>Agua cristalina</b> .....	09
Wendy Cassandra Corral Canizalez	
<b>La tecnología política de los caracoles</b> .....	10
Cristian Cota	
<b>Tan longevo como la existencia del mar</b> .....	20
Juan David Gracia García	
<b>La niña del río</b> .....	22
Angélica Guadalupe López Cerecer	
<b>La gota del descubrimiento</b> .....	28
Manuel Leonardo Monteros Chavarín	
<b>La diferencia</b> .....	33
Synthia Alejandra Ávila Armendáriz	
<b>En busca de hax</b> .....	40
Ana Michelle Gallego Islas	
<b>El mayor tesoro</b> .....	44
Sofía Cárdenas Rosas	
<b>Había alguna vez</b> .....	49
Ismael Robles López	
<b>Cuentos de la abuela</b> .....	54
Ana María Salcido Limón	



## *Historias de agua*

Se terminó de imprimir en diciembre de 2017  
en los talleres de Imagen Digital del Noroeste  
Veracruz No. 19 Col. San Benito  
Hermosillo, Sonora.  
Tiraje 400 ejemplares.

La edición estuvo a cargo de la  
Coordinación Editorial y de Literatura del ISC  
Se utilizó la fuente Cochin de 8, 9, 11 y 12 puntos